Lengua Española II

Beatriz Reis Silva

Macedonio Fernández: un breve relato casi biográfico

Los manuales de escritura tradicionales determinan que una típica biografía debe empezar presentando al lector informaciones como nombre, fecha y lugar de nacimiento, descendencia y los hechos más importantes de la historia de vida de quien se desea hablar. Además, se recomienda que el texto sea narrado en tercera persona, manteniendo una distancia segura entre la voz del biógrafo y la del biografiado, asegurando así que las memorias de este no pierdan el compromiso con la verdad.

 Sin embargo, hablar de alguien como Macedonio Fernández requiere, desde luego, una ruptura con todo lo que se llama tradición formal. Detenerse en informaciones del tipo “Macedonio nació el 1º de junio de 1874 en la ciudad de Buenos Aires en el seno de una familia con ascendencia española y trabajó de abogado por más de 20 años” puede ubicarnos en el tiempo y el espacio pero no nos dice mucho sobre quién realmente fue esta figura. Tampoco sería útil esa distancia entre autor y sujeto de la cual nos hablan los manuales al tratarse de alguien que puede parecernos un “tipo raro” a primera vista , pero que con tan solo una mirada un poco más atenta ya es capaz de hacernos simpatizar e incluso identificar con él. Así que, a partir de ahora me permito la libertad y la rebeldía de tomar la palabra cuando crea necesario para contarles un poco del rebelde e irreverente Macedonio Fernández.

 Un dato interesante que nos puede ayudar a conocerlo mejor es su interés por la Filosofía y la Psicología. Algunos dirán que son intereses adquiridos durante los años de la carrera de Derecho, o que surgieron de sus correspondencias con el filósofo francés Arréat y de las discusiones sobre las ideas de Schopenhauer con su fiel amigo Jorge Borges. Sin embargo, lo que casi nadie sabe es que, en realidad, todos sus intereses metafísicos tienen un único origen: el venirse abajo.

 ¿Qué quiero decir con esto? Es una historia muy sencilla pero que dejó marcas muy profundas: cuando a los siete años se cayó diez metros continuos desde un balcón, Macedonio se enteró lo frágil y delicada que es la existencia y desde entonces nadie - ni siquiera el proprio Macedonio - pudo confirmar si seguía realmente vivo y la tensión Vida Vs. Muerte ha sido una fuerte marca constitutiva de su ser.

 Estas preocupaciones metafísicas del joven Macedonio Fernández las podemos asimilar leyendo muchos de sus textos, como en su estudio costumbrista *“El Progreso”*, en los artículos *“Psicología Atomística”*, *“La Ciencia de la Vida”*, *“El Problema Moral”*, en su primer libro *“No toda es vigilia la de los ojos abiertos”*, por mencionar algunos. Pero como lo que a mí me interesa no es bien explicarles su obra, sino ir en busca de encontrar su *substrato atómico[[1]](#footnote-1)*, vamos a observar lugares más íntimos de su vida para entender mejor cómo se da dicha tensión y por qué nos llevan a sentimientos que parecen movilizarse en las figuras femeninas más importantes en su vida: su madre y su esposa.

En su madre, Rosa del Mazo Aguilar, Macedonio identificaba la fuerza vital de una matriarca capaz de representar la perfección de un Dios. Ella era su Dios y su fuente de sentimiento, inteligencia, abnegación y certezas, tanto de orden práctica como mística. Su madre era, por lo tanto, la representación concreta de la Vida. Del otro lado está su mujer, Elena de Obieta, quien falleció y le causó a Macedonio momentos de profundos cambios: la casa de la familia fue levantada, los hijos se fueron a vivir con las abuelas y tías y, finalmente, él decidió abandonar la profesión de abogado. Su mujer completa, así, el otro lado de esa oposición macedoniana fundamental. Al contrario de la madre, Elena fue la representación concreta de la Muerte, pues con su muerte murió también una parte de Macedonio.

Por esta razón, la constitución de la identidad macedoniana pasa por una incesante desconstitución de estereotipos, principalmente el del escritor. Macedonio escritor no se preocupaba por sus enfermedades y mucho menos por sus vicios: el café, el mate, el té y el tabaco. Fue un tipo completamente desacralizado, totalmente desinteresado en convertirse en un canon idolatrado en un pedestal. Le interesaba lo ordinario, lo cotidiano y todo lo que hay de superior y fantástico en lo común y corriente.

Así como una caída puede ser el instaurador de dilemas filosóficos, el mirar a las clientas de su madre mientras se probaban un vestido en la salita de pruebas de casa a los seis años podía ser materia de toda una reflexión que seguramente debería desarrollarse en un estudio de *“cómo el desnudo se reduce a ser modestamente un escote totalitario simultáneo o la suma de todos los escotes sucesivos inocentes posibles a una sola persona.”* (FERNÁNDEZ, Macedonio - Selección de Escritos: “Autobiografía de encargo - Pose N° 2”, página 59).

Así, Macedonio vivió toda su vida muriendo y naciendo de vuelta en un eterno reconstituirse. Cuando murió el abogado, nació el escritor en piezas alquiladas de pensiones, donde nació también, según Ricardo Piglia, nada menos que la Literatura Argentina. Desde este lugar escribió Macedonio Fernández ostentando con orgullo su salud imperfecta y su verdadero talento para desconcertarnos y poner en duda todas cuantas sean las verdades absolutas que hayan supuesto la sociedad.

1. La posibilidad de un substrato atómico del Yo era una cuestión fundamental tratada en sus correspondencias con Arréat. [↑](#footnote-ref-1)